

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 145

Memoria cristiana política por el doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador

## MEMORIA CRISTIANO-POLÍTICA

*Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su desunión en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y con fraternidad. Por el doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, rector que fue dos veces esta Real y Pontificia Universidad, abogado de la Real Audiencia y del Ilustre y Real Colegio de esta Corte.*

El excelentísimo señor Virrey de dignó de pasar al autor la censura siguiente con oficio, mandándole que la imprima, y colmándole de honor.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

La Memoria que ha escrito y presenta a vuestra excelencia el *doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador*, comprende cuántos puntos interesantes pueden promoverse en el día, para cortar los progresos que pueda hacer entre los incautos el fuego de la insurrección suscitada en algunos pueblos de Michoacán. Y están tocados con felicidad, entusiasmo y dulzura. Considero, pues, que será muy útil la publicación de dicha memoria; y que su autor es muy digno de la estimación de vuestra excelencia la gratitud de todo el reino. México 18 de Octubre de 1810.— Excelentísimo señor.— *Doctor José Mariano Beristain*.— México 19 de Octubre de 1810.— Imprímase.— rubricado de S. E.

## MEMORIA CRISTIANO— POLÍTICA

*Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su división en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y con fraternidad*

## REFLEXION I

La razón es tan poderosa y fuerte por sí misma, que no necesita las plumas ni las lenguas de los sabios para convencer a los racionales; antes bien es más vigorosa cuánto más desnuda de atavíos; ella hace que el hombre se convenza de la imposibilidad de un proyecto que le deslumbra, y que convencido desista de él, y ella es quien dice que los españoles europeos y americanos estamos unidos con tres lazos que son, la sangre, el interés y el beneficio; desengáñense pues, los que en el letargo de la fantasía soñaron el proyecto de romper en la fidelísima Nueva España un vínculo tan impenetrable a los filos del esfuerzo revolucionario; desengáñense convencidos de la imposibilidad de romper esta unión.

Los españoles europeos y criollos, estamos unidos inseparablemente o como parientes, y he aquí el lazo de la sangre; o como correspondientes por cualquiera clase de negociación o comercio, y he aquí el lazo del interés; o como beneficiados por cualquiera oficio de la sociedad, y he aquí el lazo del beneficio.

En cualquiera de estos tres modos es necesario, para creer posible el buen éxito de una revolución entre nosotros, suponer primero al hombre, o insensible y sordo a los clamores de la naturaleza, o enteramente privado de razón para que no mire siquiera por su interés o utilidad, o también insensible para no corresponder a su bienhechor; ¿y hay uno siquiera que haya degenerado del ser humano, hasta el extremo de insensibilidad que sería necesario para no oír la voz de la sangre, para no ver por su interés, y para no reconocer el

beneficio? Pero permitido que hubiese algunos, que es lo sumo que puede permitirse y no concederse, ¿serían esos pocos suficientes para llevar al cabo un proyecto que nadie puede dudar que necesitaba la unión de muchos corazones de igual temple?

No ignoramos que los hombres que se aventuran a tal proyecto, no premeditan ni reflexionan; por eso la razón es quien debe alumbrarlos en estos críticos momentos, para que dando lugar a un examen juicioso y maduro, desistan de una empresa en realidad imposible.

¿Habrá muchos hijos decididos a realizar el proyecto, que encontrando a un padre, a quien después de Dios deben el ser, la educación, las conveniencias, y las ternuras y caricias que alimentan la sangre, tengan esfuerzo para pasar su pecho... ¡el pecho paternal!.... con el acero o con el plomo ardiente, ver sus heridas vertiendo aquélla sangre, y no conmoverse? ¿habrá muchos padres cuyo brazo no desmaye al dirigir el golpe a sus hijos, aún cuando estos hayan sido malos? ¿podrá dejar de ver en ellos la carne de su carne, la sangre de su sangre? Y qué cariño, qué fidelidad, qué delicia puede aguardar de una consorte hermosa, amante y amada, el marido en quien ella ha de ver el homicida que la sacrificó a su proyecto, los hijos, los padres o hermanos? Ved aquí pues a la sangre, frustrándolo y retrayendo el brazo de tan cruel e inhumana ejecución.

Pero suponiendo a esos hombres sordos al grito de la naturaleza, ¿su propio interés no debe retraerlos? Porque ¿quién de ellos al reflexionar que va a quitar la vida al que fomenta su caudal, sin cuyos recíprocos auxilios por la industria o comercio, ve desaparecer el giro de su casa al golpe de su propia mano, tendrá aliento para consumir el crimen? ¿cuál hacendado será tan ciego que no vea que el manantial de su riqueza, nace de la honradez y actividad de los duros trabajos de aquél administrador de la finca, y de los sudores insoportables y los brazos de aquéllos sirvientes, cuya sangre vertida ha de cegar el

manantial por lo menos para tantos años que no es de esperar que le alcance la vida para ver restablecido en su hacienda aquél orden y cultivo que actualmente goza? Y si tendemos la vista sobre este lazo de comercio, con que Dios ha unido a la nueva con la antigua España, ¿quién no ve que ni aquélla puede subsistir sin los muchos géneros y efectos que ésta nos conduce en trueque de la plata y oro, y de otros frutos; ni está sin esa plata y oro? algo más, todo el mundo antiguo pende del nuevo por este aspecto, y todo el nuevo pende del antiguo; he aquí el segundo obstáculo enervando el vigor de la atrocidad.

Mas cuándo estos hombres sean insensibles al justo clamor de la carne y de la sangre; cuando lleguen a desentenderse de la necesidad de aquél mutuo comercio origen de sus riquezas y felicidad, ¿serán tan bárbaros que no envaine la espada, viendo que el blanco en quien deben teñirla, es aquél bienhechor que con su dinero, o de otra manera les sacó de los brazos de la miseria, y les proporcionó la subsistencia que disfrutaban con sus familias? ¿la ingratitud, vicio condenado aún por los pueblos y naciones más feroces, tendrá lugar en unos pechos nobles donde el pundonor tiene su alojamiento? ved aquí pues el beneficio desarmando el brazo homicida.

Pero ¿cuánto hace subir todo esto de punto la sola reflexión de que no es una razón sólida y justa, sino solamente algún privado resentimiento respecto de algunos, y respecto de todos, el hecho inocente de haber nacido en este o en aquél suelo, lo que se mira por unos y otros para decidirse a ejecutar el crimen ¿distinguen por ventura para salvar el uno y exterminar al otro entre el hombre de bien y el malvado, el justo y el pecador, el inocente y el criminal? ¿y tal proceder cabrá en racionales?

No, no: por mucho que tales proyectistas hubieran franqueado todas sus entrañas al contagio napoleónico; por hondas se hallasen las raíces que su infame política peculiar hubiera echado, y por corrompidas que supusiéramos las costumbres de los insurgentes, no

podemos creerles petrificados con el jugo de la iniquidad hasta el grado de ser insensibles en el acto de derramar la sangre de sus padres o hijos, hermanos o sobrinos, de sus corresponsales o dependiente, y de sus bienhechores; los lazos de la sangre, del interés y del beneficio unen tan inseparablemente a los españoles europeos y a criollos de la nueva España, que, o han de dejar de ser hombres, o han de desistir de una empresa tan execrable.

¡O tú, quien quiera que seas, que desenvainas el acero para derramar la sangre de otro hombre! Detente, y mira ¿si tienes valor para dejar a tus pies yerto a un amigo que siempre te ha beneficiado, o a un corresponsal a quien debes tu fortuna, o a un padre a quien le debes el ser, o a un hijo a quién lo diste? Luego la naturaleza, la gratitud, y nuestra propia utilidad, son quiénes deben arrojar muy lejos de nosotros la armas homicidas, y sepultando en eterno olvido toda rivalidad o espíritu de partido, deben totalmente estrecharnos con los lazos de caridad, para que no pensemos sino en ampararnos mutuamente, en conservar estos dominios al amable FERNANDO VII, respetando y obedeciendo a los que nos gobiernan en su nombre, y en hacer ver a todos los pueblos y naciones, que la religión de los habitantes de ambas españas no sugiere otra cosa que paz, lealtad y patriotismo.

## REFLEXION II

Si los sabios hablan a los sabios y a todos, yo que no soy más que un humilde admirador de los talentos con que el altísimo les ha dotado, sólo hablo con los que considero deslumbrados por falta de reflexión, y a los pobrecitos rústicos y sencillos, y debo desenvolver cuánto pueda las ideas que cualquiera literato conocerá que envuelve mi reflexión primera.

Si la razón persuade que no es posible romper la unión estrechada por los lazos de la sangre, del interés y del beneficio, sin que los habitantes de la Nueva España se degraden del ser humano, el desenfreno de las pasiones, es con todo capaz de embrutecer a algunos pocos y de hacerles tan estúpidos que no sean sensibles a su propia naturaleza, a su interés individual, ni al agradecimiento; y ya que a estos pocos no les sea posible romper la unión de estos tres lazos, les es posible desentenderse de lo que estos vínculos piden, olvidando sin reflexión por algunos momentos sus deberes, para causar tal vez sin pensarlo, los estragos inseparables de la anarquía, y que al fin, el todo venga a ser sacrificado por los partidos y entregado a las garras crueles y ambiciosas del detestable Napoleón.

Así es que la verdad eterna, nuestro señor Jesucristo ha dicho: *todo reino dividido en sí mismo será desolado*; verdad infalible, que habiendo salido de la boca del hombre Dios, deberá aterrar a los incautos que deslumbrados con las promesas de una felicidad imposible de verificarse sobre la tierra, quisieran asociarse a los seductores; verdad que a estos mismos debe estremecerles y hacerles desistir de su fantástico pensamiento.

Porque ¿somos, o no somos cristianos? si lo somos, creemos esta verdad y todas las que nos enseña el Evangelio; si hay entre nosotros algunos que no lo sean, serán tan pocos y tan hipócritas que haya podido esta escondidos por algún tiempo, más serán muy breve descubiertos. Y aunque entre tanto ellos no crean las verdades del Evangelio, no por eso serán menos ciertas; ellos sí, ellos las conocerán en el momento que mueran, y el universo entero, desde Adán hasta el postrer hombre que naciere, será testigo en el último día de los tiempos, de la confusión infructuosa que harán ellos mismos, de que por no haberlas creído erraron del camino de la verdad y fueron insensatos.

¿Y quién de los mortales será capaz de danos a entender, cuál será la rabia y furor con que rechinando eternamente sus dientes, y ardiendo en el fuego inextinguible mientras

Dios fuere Dios, verán que aunque sea porque no reflexionaron como debían, derramaron la sangre de sus padres, hijos y hermanos, algunos la que circulaba en su propias venas; que perdieron sus intereses temporales y eternos; que pensando en el principio que era muy fácil no mancillar la humanidad ni la lealtad, se hallaron engañados y convertidos en tigres crueles y furiosos contra sus biehechores para que quien no imaginaron fuese dueño de la presa; que hicieron esclavos de un tirano brutal vomitado por el abismo, a sus propios hijos y hermanos, los que quedaron vivos; pasto de la lujuria de los más viles hombres a sus mismas esposas, hijas y hermanas; dueños de las riquezas que robaron a los que las habían adquirido por su industria, trabajos, herencia u otro título, a los que ni conocieron ni pudieron imaginar que se perdía para enriquecer a éstos?

¿Y por qué todo esto? Sólo por dejarse arrebatar de una pasión vil cuál es el odio a sus semejantes; por haber olvidado que el demonio para engañar al hombre procede por grados, persuadiéndole primero que tal acción es inocente, y tal vez santa para lanzarle y precipitarle luego a los mayores crímenes, a los que el hombre se creía incapaz de prestarse jamás.

Pero ¡cuál sería esta rabia y furor de los deslumbrados, viendo que sin pensarlo facilitaron la profanación de los templos, el saqueo sacrílego de todo lo que la piedad de los fieles tenía consagrado al culto de Dios? ¿cuál cuando vean pisadas las hostias sagradas en que no podrán dudar que estaba realmente el cuerpo adorable de Jesucristo? ¿será razonable que cuando la paciencia infinita de Dios, sin embargo de nuestros pecados, le hace bajar diariamente a las aras que este reino feliz le tiene consagradas, y esto cuando ya no baja el Hijo de Dios sacramentado a tantos, tantos pueblos a dó en la serie de muchos siglos había bajado.... ¿será razonable que haya habitantes de América que destierren esta víctima incruente, por la cual la ira omnipotente no descarga su azote sobre nosotros?

Pero ¡cuánto furor, repito, cuál será la rabia de aquéllos, mirando pisadas, quemadas y deshechas, esas imágenes, delante de las cuales, y por cuyo medio los cristianos hallaban el consuelo y el medio de sus males espirituales y temporales! ¡cuál! ¡Santo Dios! ¡cuál será el infernal furor con que miren arrojar a las llamas por las manos sacrílegas e impías, ese escudo de la protección del cielo, esa imagen amabilísima y sacrosanta de la reina de los serafines, de la madre tierna de los americanos *Santa Maria de Guadalupe*... ese otro prodigioso simulacro de la madre de Dios que llamamos de los *Remedios*, en cuyo culto ha tan pocos días, que regaron los fieles habitantes de México con lágrimas dulcísimos los templos y las calles, y agotaron los esfuerzos del culto religioso!... ese otro amorosísimo y consolante portento del *Santísimo Cristo de Santa Teresa* la antigua!.... ¡Oh! ¡qué infierno tan justo y tan horrendo padecerán los que causaren esto, por más que lo causen si haberlo pensado! ¡cuán desventurados serían aún en este mundo los ojos que lo vean!

¡Españoles europeos y americanos, indios, castas, hijos todos de Jesús y María! fuiste hasta hoy defendidos por Jesús y María, de la carnicería tremenda de los sacrilegios deplorables de la desolación, y de la espantosa esclavitud y miseria que a guisa de un mar que rompió la playa han inundado toda la Europa, ¿tendréis esfuerzo para ver pisar a Jesucristo, y despedazar y quemar sus imágenes y las de su purísima Madre, hasta la *Guadalupana*? ¡Dios mío! mis nervios trémulos no sufren aún imaginarlo; ¡cuán cruel, cuán impía y detestable es la desunión que debe producir tales estragos! ¿y quién sin verter torrentes de amargura podrá ver quemados los altares, convertidos los templos en cuarteles y caballerizas, los conventos de las vírgenes religiosas en lechos de prostitución, y las mismas esposas puras de Jesucristo, violadas por la sensualidad de los verdugos infames, de los criminales partidarios de la rebelión? Las piedras mismas de las paredes de los templos y monasterios se despedazarían de dolor, y sólo el pensamiento de esto que puede

hacer la desunión, hace que la pluma horrorizada quisiera más bien que hablasen las lágrimas.

Pues esto sucedería, cristianos habitantes de la América, si llegase a tomar cuerpo la rebelión; esto veríais hacer a los que se engañan y os engañan con una ilusoria felicidad, y os dicen que su intento no es otro que conservar la religión, y guardar el cetro a FERNANDO VII, que sólo quieren quitar del medio los unos a los gachupines, los otros a los criollos; como si gachupines y criollos no estuviésemos unidos por el dedo de la providencia divina, con los lazos de la sangre, del interés y del beneficio, y lo que es más, con el de la religión; y como si fuera posible romper esta unión sin sacrificarlo todo, y sin degradarse antes del ser de hombres; porque aunque ellos por ahora están muy lejos de pensarlo, como voy suponiendo, la libertad, el desenfreno de las pasiones, el furor y venganza que habitarían como asiento entre nosotros, serían otras tantas causas que tarde o temprano producirían infaliblemente la infracción, no solamente de los derechos que tienen los hombres para con los hombres, sino de las obligaciones más sagradas, que sin excepción alguna todos hemos contraído con Dios

No temo engañarme al afirmar, que esta es sin disputa la escala en toda revolución; el odio, concebido tal vez por motivos frívolos, encienden la tea de la discordia; ésta sugiere asesinatos y robos; éstos facilitan el paso a los vicios más criminales; y todo este horroroso conjunto, produce al fin la irreligión.

### REFLEXION III

Esta conmoción acaso parecería disculpable, si tuviese por blanco unos hombres que siempre hubieran meditado nuestra ruina; pero es todo lo contrario, pues se intenta que se armen nuestros brazos contra los hijos de aquella nación gloriosa que pudo dar valor a la reina doña Isabel para enajenar sus alhajas, y habilitar la primera expedición al

descubrimiento de este nuevo mundo; contra los hijos de aquella madre que colocada en el extremo del mundo antiguo, ha sido poderosa casi tres siglos para impedir con su égida que la guerra, este mal tan funesto a las naciones, pisara nuestra suelo; si no conocemos todo el bien incalculable que nos ha resultado, sólo por no haber visto en medio de nosotros la guerra asoladora, leamos la historia de los estragos que ha hechos en este mismo tiempo en la Europa y algo conoceremos; ¿pero para qué tender la vista hasta la Europa? en la misma América, en la hermosísima isla de Santo Domingo, hallaremos el más horroroso testimonio, de los estragos que producen la desunión; ¿qué ha quedado allí, más que ruinas y negros que se devoran unos a otros?

Y si los españoles europeos vuelven los ojos a los americanos, ¿no es cierto que hallan iguales poderosos motivos para amarles? ¿no son bien acogidos desde que pisan la playa? ¿no encuentran amor, fraternidad, caridad, confianza, socorros, estimación y auxilios para establecerse y ya establecidos, portándose bien, ¿no se ven colocados o por enlaces matrimoniales o en empleos y honores a placer sin queja de los indios? ¿o no alternan con éstos para gozar de todos los bienes que el criador derrama en este suelo?

Pero sigamos viendo contra qué prójimos se intenta armarnos: contra los españoles, a los cuáles escogió Dios entre todas las naciones para que condujeran a estos países el tesoro inestimable de la religión, que desterró los ídolos, los sacrificios de corazones humeantes de millares de hombres, y todas las abominaciones de la barbarie... ¡Ah! ¿somos cristianos o no lo somos? Vuelvo a preguntar; y si los somos, ¿cómo dejaremos de amar a los que el dios de las misericordias escogió para hacer un bien de tan suma estima, que cuando ningún otro motivo de tantos que nos gritan, existiera, este sólo sería suficiente para que jamás nos hartásemos de amar de todo corazón, a los descendientes de los que abrieron el cielo a tantos pueblos, y especialmente a vosotros amables indios, que gemáis

desconocidos de todo el mundo, y arrastrabais las cadenas de idolatría y de la tiranía más inhumana.

¿Cómo es que los que aman la religión no vean esto, y vean presos los sacerdotes y sabios ejemplares, luego todos los que con su ciencia y amor a la religión podrían iluminar, y verlos después muertos y sustituidos a ellos, a los que solamente enseñan la falsa doctrina que les prescribe el tirano a quien adulen? ¿cómo han podido creer que son devotos amantes de María santísima, los que diciéndolo así con las palabras, ejecutan el robo, el sacrilegio, el homicidio y los otros crímenes que condena la ley del hijo de la Virgen? ¿cómo pueden imaginar que siguen el Evangelio que condena toda rebelión, toda insubordinación a las potestades legítimas, que les pone delante del mismo hijo de Dios, reconociendo en un juez tan inicuo como Pilatos la potestad de su padre celestial, del padre de las luces de quien viene y desciende de toda potestad y todo bien, como dice Santiago? Creerlo así sería trabar los absurdos más monstruosos que pueden concebirse: sería manifestar que ninguna racionalidad ni sentimiento de naturaleza había quedado a los hombres, puesto que, mientras sean racionales, la sangre, el interés, el beneficio y la religión, deben unirles de tal manera que sería imposible hacer estos males.

¿Qué, porque ahora piensan que son católicos y protestan que no quieren dejar de serlo, se persuaden a que no se engañan? Que reflexionen, y conocerán que se han engañado; porque ¿cómo respetan los sacerdotes, y quitan a estos sacerdotes el alimento y el vestido? ¿no ven que esto pararía en exterminarlos?

Que reflexionen como empieza la rebelión, y uno de sus primeros estragos es penetrar la clausura, robar los haberes de unos ministros santos, y de unos religiosos ejemplares, que no tienen otro crimen que el trabajar incesantemente en la salvación de las almas; crece la voracidad de esta llama, y ciegos al beneficio, emprenden y verifican el

saqueo en la heredad de aquéllos benéficos sacerdotes, que despreciando su propia vida, arrastran mil peligros, y nos asisten caritativos en el trance terrible de la muerte, los hijos de San Camilo; sí, estos son, a los que de un solo golpe han quitado la única finca útil con que desde su fundación les dotó la piedad; todos vemos que pasan los días y las noches a la cabecera de los moribundos pobres o ricos, sin pedir ni admitir un sorbo de chocolate ni otra cosa; nada pedían a nadie y servían a todos, y también repartían limosnas a muchos miserables. ¿Y servicios semejantes merecen los malos tratamientos que han sufrido, y el despojo de los bienes únicos con que subsistían?

Y estos principios ¿qué fines anuncian, sino los que yo supongo que no ha premeditado esos hombres? Pero en los que sin pensarlo se hallarán miserablemente precipitados, sin arbitrio para evitarlos ni para encontrarles remedio, ahora a fuer de católicos están en tiempo de remediarlo todo; después aunque lo quieran con todo el corazón y con todo el poder, no podrán conseguirlo; el hombre puede con el auxilio de la gracia sofrenar su amor propio, cuando comienza a ponerle en el precipicio; pero si le suelta la rienda, se hallará infaliblemente precipitado sin poder volver a sofrenarlo.

#### RELEFION IV

El amor propio: sí; este enemigo animado en los corazones de todos los hijos de Adán; este alevoso que insinúa insensiblemente, y sin dejarse conocer venda los ojos más lince, es a quien atribuyo el deslumbramiento de los que han prendido la revolución en nuestros países; porque lejos yo de irritar y enconar las llagas, imagino que obran persuadidos de que hacen un servicio a la religión, al rey y a la patria; pero no miran cuánto se han engañado, porque el amor propio les vendó los ojos.

A la verdad, o habíamos de creer que eran fautores de Napoleón, o que sin conocerlo siguen su cartilla infernal; y si no podemos creer lo primero, y antes bien creemos que aborrecen a ese horrendo monstruo, es imposible que dejemos de creer lo segundo; en tal supuesto, parecen buen consejo advertirles lo que no advierten, para que volviendo en sí, desistan de una empresa que a ellos mismos y a sus compatriotas les envolvería en el caso de todos los males. No les traeré a la memoria la conducta de Napoleón en Milán el año del mil ochocientos en aquella proclama que dirigió a los párrocos, fingiéndose católico a la faz del mundo, y hablado de la religión como hablaría un padre de la Iglesia; sino para reflexionar que habiendo Napoleón nacido en país y de padres católicos habiendo sido bautizado; y recibido en sus tiernos años la educación cristiana, acaso no sería difícil creer que todavía en mil ochocientos era católico, aunque malo; acaso todavía la impiedad no había arraigado en su corazón, y acaso él mismo no imaginaba entonces ser a poco tiempo tan impío, tan sacrílego, tan inhumano y ambicioso como el orbe entero le ha visto; pero el incienso de la adulación, y el humo de la falsa gloria del mundo, que de día se aumentaban en su contorno, anublaron su religión, y el amor propio le enredó en sus redes sin dejarle escape, allí le vendó hasta hacerle apóstata e incrédulo.

¿Y será imposible que suceda otro tanto a los que no pueden dejar de ver en éste, un bosquejo de su conducta? Pero si Napoleón no se halló jamás en este caso, si mamó con la leche la irreligión y la impiedad ¿faltarán por eso tales modelos? ¡Ojalá y no fuesen como son muchos centenares los de los mismos partidarios del corzo, que cuando comenzaron la carrera revolucionaria, creyeron que lejos de ofender a la religión, al rey a la patria, les hacían heroicos servicios! ¿Pues qué, no es verdad que en aquél principio había en la Francia muchos católicos? ¿y no lo es que muchos de éstos creyeron que era el celo de la religión y el de la lealtad los que les impelían? ¿no lo es, que al cabo se hallaron homicidas,

incrédulos, impíos, materialistas y capaces de cometer todo crimen, esos mismos que no pensaron tal cuando comenzaron?

Decís que sois católicos, y queréis que ninguno de nosotros deje de serlo; que ni remotamente pensáis hacer jamás guerra contra la religión que sois vasallos de FERNANDO VII, y queréis que todos lo seamos; que queréis conservarle intactos estos dominios.

¿Y podéis presentar una prueba de que todos los españoles europeos que habitan entre nosotros los católicos, y no quieren esto mismo? Ciertamente no hay esa prueba, ¿por qué pues les aprisionáis, les despojáis de sus bienes, y aunque ahora no lo penséis, os veréis al cabo decididos a quitar la vida a muchos? ¿no prohíbe todo esto la religión, que enseña a perdonar las injurias, y cuyas armas son la lenidad y la mansedumbre?

Senté ya la verdad de que España no puede vivir sin socorros de la plata y oro de las Américas, éstas son parte del cuerpo de la nación, y todo el cuerpo es de FERNANDO; España es la cabeza; no hay cuerpo que viva si se le quita la sangre, ni cabeza separada del cuerpo que pueda defenderse y vivir; luego quitando como quitáis, la sangre a vuestra madre, y separando como separáis, el cuerpo de la cabeza, vosotros mismos entregáis ésta en manos de sus implacables enemigos, después de quitarle la vida y de separarla del cuerpo; vosotros en vez de conservar sus dominios al amable FERNANDO, sois quiénes los dividís; y que sea por no haberlo pensado y sin quererlo, o fuese querido y premeditado, el efecto es el mismo.

No, no: porque muy luego enviaré socorros abundantísimos y acreditaremos al mundo, que la lealtad es inseparable de nosotros; quiero imaginar que es así, ¿pero y entretanto? ¿ignoráis que hoy más que nunca se halla nuestra madre afligida? ¿qué ahora es por otra parte la ocasión en que bien socorrida por sus hijas las Américas, puede sacudir el

yugo, vengar sus ultrajes, y aún abatir para siempre el orgullo de los tiranos? ¿no veis que si no se le socorre en tal ocasión, se la quitáis de las manos, y a ella la dejáis en las del tigre a guisa de una cabeza desangrada, muerta y dividida en su cuerpo?

Y si España por faltarla en tiempo conveniente los auxilios fuera vencida, ¿de quien podéis esperar que rompa los grillos del Santo Pio VII y de FERNANDO VII? ¿quedará en Europa quien pueda arrostrar esta empresa? ¿podremos ir de aquí centenares de miles de hombres, como sería necesario para emprenderla, careciendo de una escuadra muy numerosa y opulenta, cual ni en cincuenta años podríamos adquirir? Y si al cabo el padre santo y el rey mueren, como por más que ningún católico lo apetezca, es inevitable que suceda, ¿qué esperáis ver? ¿qué harán los impíos napoleones? ¿y nosotros qué haremos sin comunicación con la cabeza visible de la Iglesia? ¿quién nos proveerá de pastores? ¿quién?... ¡Oh qué teatro tan funesto para la religión! Pero corramos la cortina, pues sabias plumas han tocado este punto con la dignidad que merece.

¿Cómo han podido creer los hombre sensatos, que la nación inglesa tan fina y constante alidada de la española, viendo que no circula la sangre que las ánima a entrambas, y sabiendo el proyecto que cierra el paso, se mantenga en inacción? ¿no se armará en el momento con todo su poder, y vendrá a vengar a su aliada? ¿acaso ha hecho tan generosos y grandes sacrificios, sino por conservar a FERNANDO íntegros sus dominios? ¿cómo pues, dejará que se le dividan y substraigan ni por poco tiempo? ¿y dónde existen las escuadras formidables, que serían necesarias para impedir el desembarco de las tropas británicas?

¿Y qué sería, si Napoleón triunfando en fin por vuestra causa de la cabeza inerme, fuera quién volando sobre las aguas y los vientos, se presentara para aprovecharse de un atractivo que ha sido el más lisonjero a sus proyectos? ¿para aprovechar digo la ocasión de

estar entre sí divididos en bandos los habitantes de la Nueva España?

Desengañense pues, los que sin éstas y muchas otras reflexiones, se hayan dejado vendar los ojos por el amor propio; sólo podrán hacer males incalculables a sus hermanos y semejantes, a proporcionar a Napoleón lo que viviendo unidos con los lazos de la sangre, desinterés, del beneficio, de la religión y el patriotismo dirigido por ésta, le será imposible a él, y a cualquier otro potentado de la Europa.

Pero también decís que lo pretendéis, es el exterminio del mal gobierno. Todos los dominios de España han participado de los daños el infame Godoy derramó a guisa de un torrente asolador; ¿queréis que se os conceda más? Pues bien; el remedio de estos males ha sido uno de los principales cuidados del nuevo gobierno, y especialmente del Supremo Consejo de Regencia; cuando nada tenía que sospechar de la fidelidad de la Nueva España, y consiguientemente sin aquél resorte que el temor le impeliera, ya habían extendido la abolición del tributo a favor de una clase de gentes tan digna de compasión como son los indios, y entregando el decreto de esta gracia al digno virrey que nos ha enviado, le dio facultad para ampliarla como lo ha hecho en beneficio de las castas, considerándoles por su lealtad dignos de igual indulto. Si esto ha hecho el gobierno actual en medio del cúmulo de necesidades que rodea del trono, ¿qué no se podía esperar, cuando vencidos los tiranos regle la legislación, y pueda fomentar las ciencias y las artes en la quietud de la paz?

¿Y qué ocasión más oportuna podéis desear para elevar vigorosamente las quejas y obtenerle remedio, que cuando se ha dado parte a un americano el gobierno de ambos mundos, y cuando la soberanía misma os convida a quejaros, y agita por la ida de los representantes o diputados de estos dominios para las Cortes? Notad enhorabuena todas las quejas justas; pero enviadlas por estos seguros canales, al solio de donde debe fluir el remedio; él lo pondrá sin ofensa de la justicia, la cual no puede dejar de resentirse, viendo

que los particulares quieren tomarse la potestad soberana, que es y debe ser inviolable y sagrada, como es necesario, para hacer lo que a ella sola pertenece; y viendo que es innegable que hay hombres justos y beneméritos, y se tratan de la misma manera que a los injustos y criminales.

He creído que en obsequio de la brevedad que impide la importancia del asunto, se me podrá disimular que mezcle una reflexión con otras, principalmente cuando la fecundidad de la materia hace que las unas llamen a las otras.

#### REFLEXION V

Después de haber llenado las páginas de los libros de la sagrada escritura las más expresas recomendaciones y elogios del bien inestimable de la paz, Jesucristo en la tristísima noche última de su vida mortal, entre las ternuras más amorosas con que se despidió de los hombres, entre los afectos más ardientes de su corazón sensibilísimo, les repitió esta dulces palabras —Os dejo mi paz, mi paz os doy— y volviendo penetrado de la más patética sensibilidad los ojos al cielo por manifestarles que el medio para conseguir y conservar la paz, era la concordia y unión fraternal, exclamó fervorosamente entre otras mil ternuras que refiere el evangelista San Juan, de esta manera.— ¡Padre santo! guarda en tu nombre a los mismos que diste para que todos sean uno solo, al modo que tú y yo seamos sólo uno.

Y así como el sentimiento amoroso de dejar a los hombres, le hizo repetir tantas veces que se iba, le hizo repetir igualmente su ardiente deseo de que todos sean uno; que se amen, auxiliien y toleren como si un solo corazón, una alma sola fuese común de todos; el buen Jesús les dijo que quería que todos formasen un solo rebaño y un solo cuerpo; que se había constituido cabeza de este cuerpo místico, y que todos eran sus miembros; y como un

miembro no envidia el lugar que ocupa otro, ni una oveja envidia a otro, ni se aborrecen, he aquí delineada la unión de la caridad cristiana. A todos llamó Jesucristo con el dulce nombre de amigos, sin escasearlo al infame Judas aún en el acto mismo de ser alevosamente entregado por él, a los que al día siguiente había de crucificarle; a todos llamó hijos, a todos hermanos sin distinción alguna; porque este amor que no excluye ni a los más implacables enemigos, es la perfección de la caridad insigne que tanto ensalza y distingue la religión ortodoxa de todas las sectas de la impiedad, del paganismo y de la idolatría; y porque esta unión de caridad es la que constituye y conserva esa paz que nos dejó en herencia, esa paz que nos dio, habiéndola comprado para nosotros a costa de su sangre y su vida.

¿Qué empeño no ha mostrado y de que metáforas no se ha valido este divino redentor para hacernos conocer la suma importancia de la unión que debe principalísimamente caracterizar a los que hemos sido reengendrados por un mismo bautismo, profesamos una religión única verdadera, circula en nuestra venas una propia sangre, y vivimos bajo un propio monarca católico y unas leyes mismas? ¿y qué más claramente pudo decirnos que esta paz debe ser el fruto de la unión fraternal, a que tanto nos ha exhortado?

¿Quién, pues, podrá calcular la verdadera estima que merece la unión fraternal y la paz? Ninguno de los hombres mientras se hallen viadores; son bienes, cuyo precio sólo podrán conocer exactamente los habitantes del cielo, pero que los viadores en el valle de lágrimas; por esto mismo debemos conocer que son más estimables que todas las riquezas, honras y deleites del mundo; que cuando por conservarlos no fuese preciso quedar reducidos a buscar desnudos en los montes yerbas y raíces para alimentarnos, debíamos preferir esta suerte a la pérdida de la unión fraternal y de la paz. ¡Cuán horrendo, por tanto,

cuán execrable y atroz debe ser el crimen de aquéllos que rompiendo el lazo de la unión fraternal, y arrojando de sus casas a la dulce paz, se lanzan a guisa de un río caudaloso y precipitado al tumulto revolucionario! ¡Infelices, dignos de compasión! ¿dónde la hallarían si nuestras leyes no estuvieran regladas por la caridad de la religión? Por más que no lo piensen ni quieran, lo que hacen es quitar tan preciosos bienes a los pacíficos y sencillos a quienes engañan, o porque ellos mismos están engañados, o abusando de su ignorancia y simplicidad. ¡Santo Dios! yo no encuentro palabras para execrar y dar a entender la enormidad de este crimen, aún ceñido al límite de quitarnos la concordia y la paz; ¡cuánto crece juntándose a esto quitar los brazos de la agricultura y de los talleres, de la industria y las artes, para derramar la sangre de los inocentes y de los incautos, dejar huérfanos a los hijitos, incapaces aún de valerse, y sin educación a los adultos, viudas a las madres, desnudos y hambrientos a todos los que escapen de la voracidad del fuego, del incendio y del acero! ¡ah! que esto forma ya un mar sin fondo, un mar, cuyo suelo no es posible encontrar! más todo esto se suavizaría si se les dejara la concordia y la paz; ¡que será, pues, no dejárselas, tenerles en continuo sobresalto y temor, y privarles en fin, de los socorros con que la religión católica nos conforta y vierte la alegría y el placer aún en medio de las llamas abrazadoras!

¿Y podrá dejarse al olvido la injuria que hacen, aunque sea muy cierto que no han querido tal, a tantos leales habitantes de un suelo que casi en tres siglos conservó incorrupta la fidelidad más acendrada a su religión, a su madre patria y a sus reyes? ¡ah, que ellos sin quererlo van a cubrir de infamia e ignominia a todos los vasallos fieles! ¿quién, pues, no los detestará? ¿quién no les verá con horror y con una santa indignación, por más que protesten y sea cierto que sus intenciones han sido sanas? ¿quién no querrá vengar tamaña injuria? ¿quién no verá cuánto mancilla la honra de la Nueva España, y cuánta gloria la marchitan?

No es posible, no, que el talento humano envuelto todavía en la carne grosera y en los miasmas pútridos del valle de lágrimas, forme idea cabal del cúmulo inmenso de males que llueven sobre las criaturas, a quienes se ha quitado la unión fraternal y la paz, ni del crimen espantoso de los que arrancan de en medio de sus semejantes estos tesoros que Jesucristo nos bajó del cielo.

¡Dulces hermanos míos! ¡españoles de la nueva y de la antigua España, y habitantes de aquella que pocos días ha gozabais en vuestras casas magníficas, o en vuestras pobres cabañas estos bienes preciosísimos y ahora regáis el suelo con lágrimas inconsolables por su pérdida! llorad, sí, porque os han quitado los bienes de la concordia y de la paz que os consigné el único, insigne y verdadero bienhechor de los hijos de Adán, nuestro señor Jesucristo; llorad, porque los que os prometieron y creyeron colmaros de bienes, separando los lazos de sangre, del comercio, del beneficio y de la religión, os han hecho tanto mal, como el mismo Napoleón os hiciera si fuera dado presentarse delante de vosotros rodeado de sus huestes carnívoras.

¡Y cómo crecerá el llanto de las madres por los maridos y los hijos, de los hijos por los padres, de los hermanos y pariente, de los amigos y paisano por los seducidos para la rebelión, cuando faltándoles el pan y acaso hasta el agua, vean a aquéllos o pendientes de la horca, o desangrados y yertos por la bala o por el acero! ¡cómo henchirán el aire de gemidos, viéndoles cubiertos de infamia con la execración del universo, y con la tremenda y justa excomunión de la iglesia, y cuando consideren sus almas revolcándose para siempre en las ascuas inextinguibles del fuero eterno! ¡cuál será su miseria, cuál su dolor inconsolable, viendo esterilizados los campos que durante la unión y la paz producían tan abundosos frutos; las poblaciones donde gozaban tantos auxilios espirituales y temporales, desoladas; amontonadas las ruinas que dejó el fuero, y mezclados con ellas los huesos del

esposo poco antes delicia del amor casto de la esposa, el que con sus honradas fatigas proveía la casa de pan, de ropa y de todo lo que ahora falta, y cuya pérdida causa el hambre que devora las entrañas maternas al ver a los hijitos llorando y no tener con que callarles, y al recién nacido pegar la lengua desecada al paladar, y morir porque no encontró leche en los pechos de la madre hambrienta; viendo también los huesos del hijo joven que era la esperanza de la familia para no parecer en la vejez, de la hija a quién el furor arrebató el pudor virginal, y después la pagó con la muerte que atada al puñal homicida introdujo en su seno!.... ¡ay qué solo imaginar muy de lejos y muy de cerca tales tragedias, eriza mis cabellos, anega mis ojos en lágrimas, horroriza mi alma, quita el vigor de mis nervios, y azora de tal suerte mi pluma, que cae de mis dedos desmayados!

Vuelvo a tomarla y las lágrimas vuelven a borrar lo que escribo.... ¡Mansiones de la unión fraterna, de la paz y de la abundancia! ¿quiénes os han convertido en moradas del llanto, del luto y la miseria? ¿y cómo han podido haceros tantos males en tan pocos días?... respondedme... ¿quiénes cerraron vuestros templos, y os quitaron los sacerdotes? ¿quiénes tiñeron la tierra de la paz con la sangre de vuestro habitantes? ¿quiénes viudas sin amparo, huérfanos inocentes, artesanos y labradores pacíficos, quiénes os han trasladado tan velozmente de los brazos de la riqueza o la abundancia de lo necesario, a los de la extrema miseria?

Pero no los nombréis: han sido unos hombres que lejos de pensar haceros daño, creyeron ellos mismos y os hicieron creer que iban a derramar en derredor de vosotros un diluvio de riquezas y de felicidades; pero se engañaron y han hecho todo lo contrario, porque tal es el éxito de un proyecto que por más meditado que se crea, siempre envuelve a sus autores en la ruina.

Ellos no premeditaron que era imposible conciliar el ser amigos de Dios y de su augusta madre, y saquear las casa religiosas, aprisionar a los sacerdotes que fieles y constantes no han querido auxiliarles, llevar encima todo el peso de las más justas excomuniones, y no volver prontamente al gremio de la Iglesia católica, borrando con las lágrimas del arrepentimiento sus delitos; ellos no vieron que ni el cautivo rey, ni su Consejo de Regencia, ni la nación, caso que en sus manos se hubiera depositado el cetro por las Cortes, les ha dado autoridad para lo que emprendieron, y mucho menos para deponer y despreciar las autoridades legítimas que ejercen las administración de justicia por la potestad emanada del trono.

¡Ay que la ira del señor provocada por los pecados y delitos de los hombres, parece haber dejado la Europa en presa de las garras infernales de aquél tigre sediento de sangre humana y hambriento insaciable de todos los crímenes, a quién inspiró Lucifer su política peculiar! ¡ay que los seducidos, provocando la cólera del cielo, le obligarán a fulminar sobre nuestras cabezas los rayos de su justo enojo! ¡ay que la discordia brutal y feroz, con su hacha abrasadora todo va a reducirlo a cenizas, si no reunimos los lazos de sangre, del interés y del beneficio; si la caridad evangélica no hace que todos los habitantes del nuevo mundo sean uno solo, al modo de nuestro redentor y su padre santo son uno solo!

#### REFLEXION VI

Quiero por último copiar algunos periodos del prólogo del autor del *Ensayo sobre la jurisprudencia universal*, en donde se examina cuál es el primer fundamento de la justicia y el fundamento de la obligación moral. Obra que mereció ser anunciada, en el año de 1779, con el elogio de que la Divina Providencia la ofrecía como un antemural contra los falsos y perniciosos sistemas antiguos y modernos que desatienden el verdadero origen y

fundamento del derecho natural; obra que eleva al hombre, descubriendo el soberano manantial e inmutable principio de toda justicia y origen de los deberes y obligaciones del hombre, que es Dios mismo. Ya que la Francia, por no aprovecharse de sus luces, ha sido encadenada por el corzo al carro de la impiedad y del despotismo más ignominioso y cruel ¿por qué no he de esperar que las aprecien hombres nacidos como yo, en el seno de la religión, nutridos con su doctrina, y que si ha podido ser engañados, están en tiempo de desengañarse?

“Es, dice, una máxima generalmente aprobada, que las leyes son el más sólido fundamento de la paz y de la felicidad pública. Una nación se tiene por floreciente y dichosa, cuando los individuos que la componen hacen a la ley y al bien común, que es el término y objeto de ésta, sacrificio de sus intereses y de sus caprichos.

Por el contrario (oídlo habitantes todos de esta Nueva España, oídlo y mirad su solidez) un Estado está perdido o próximo a su ruina, cuando las leyes son despreciadas, cuando a nadie contienen, cuando se pueden violar imprudentemente, y cuando la infracción no infame.”

Gracias a Dios que no es éste el estado de la Nueva España; pero ¡ay de los que se dejaren seducir! Se verán en tal estado, pues éste y no otro es el que la rebelión puede proporcionar.

“Tal estado, prosigue aquél sabio, es un cuerpo que tiene relajados todos los miembros, que está lánguido y desfallecido, y que al menor choque o sacudimiento puede arruinarse. Fácilmente llega a ser presa del primer usurpador, y cuando no tuviese que temer ni atentados, ni violencias exteriores, llevan en sí mismo un principio funesto de disolución y de muerte; así todo lo que se dirige a envilecer las leyes, a debilitar su autoridad, a hacerlas perder el respeto y la confianza de los pueblos, en un azote público

etcétera.

Si se debe sumo respeto, y toda nación es celosa de conservar unas leyes que no siempre ha habido, unas leyes que cada nación puede moderar y abrogar enteramente, pregunta luego: “¿Con qué cuidado se debe velar en la defensa de una ley suprema que nada tiene que temer de la inconstancia de los pueblos, del capricho de los legisladores, ni de la revolución de los siglos? ¿de una ley inmutable que ve mudarse todo alrededor de ella, las costumbres, los usos, los intereses de las naciones, y que ella siempre es la misma, sin que aún sea posible quitar o añadir cosa alguna a sus oráculos? ¿de una ley tan universal que preside a todos los tribunales del mundo, y que sujeta a sus decisiones los hombres de todos los lugares y de todos tiempos?.... tal es la ley natural.

La religión es la que levanta a los soberanos un trono en la conciencia de sus vasallos, la que da a la sumisión y obediencia de los pueblos un principio superior a toda prueba, y un fundamento inmutable; ella es el origen del verdadero patriotismo, de la buena fe, de la generosidad, de la beneficencia, y la que sostiene estas virtudes por motivos puros e invariables, y ella sola es a quien le pertenece el ligar íntimamente al bien común, al interés general de la sociedad, el afecto y los intereses particulares de todos los individuos que la componen.”

Pues bien: hemos visto ya que esta ley natural es quien une a los españoles europeos y americanos con los lazos de la sangre, del interés, del beneficio y de la religión; que la unión estrechada por ellos indestructible, y que para desunirlos es necesario desnudarse antes del mismo ser de hombres y convertirse, no ya en brutos, pues los brutos aman a sus padres e hijos, cuidan de su interés individual y no son insensibles al beneficio; sino en unos seres tan estúpidos e insensatos, que los jumentos serían muy superiores a ellos; ¿quién, pues, nos dirá lo que manda y exige de los racionales esta ley natural, sino la

religión por la palabra de Dios depositada en los libros de la biblia santa? ¿quién sino la religión, que nos mete por los ojos, que habiendo Dios establecido todo el orden, en número, peso y medida, ha establecido potestades legítimas en la tierra, una espiritual y otra temporal, y que todas provienen del mismo padre de las luces, del mismo Dios, por quien reinan los reyes y por quien los legisladores deciden lo justo?

Preguntemos por tanto, a estos divinos libros, ¿si puede ser legítima misión la que los engañados motores de la desunión se han tomado a pretexto de conservar estos dominios a su dueño legítimo, y de mantener pura la religión sacrosanta? Preguntémosles ¿si es lícito a los mismos, bajo tales pretextos y por cualquier motivo, arrancar a los pueblos la dulce paz, arraigada por la unión y concordia, hijas de la caridad fraternal?

Nos dirá el libro sagrados de los Reyes. “Samuel escribió la ley y el derecho de la soberanía en un libro que fue dado en presencia del Señor”<sup>1</sup> ¿Veis aquí la autoridad real, establecida por orden de Dios?

“El Señor os ha dado un rey: Si teméis al Señor, si le servís, si escucháis su palabra, y si no le irritáis contra vosotros, y vuestro rey seguiréis al Señor”.<sup>2</sup> ¿Veis como Dios que estableció al rey, unió su autoridad divina a la real para el gobierno temporal, y que no se puede desobedecer al rey sin desobedecer a Dios? ¿y podréis creer que obedece al rey quien sin su mandato toma su nombre para obrar contra el temor santo de Dios y contra su ley, para romper aquélla unión que tanto recomendó Jesucristo?

Saúl fue reprobado por Dios, <sup>3</sup> y Dios dio a David su corona; con todo, David y Samuel siguen respetando a Saúl, como a un rey; David fue perseguido por éste sin justicia; Saúl hace morir ochenta y cinco sacerdotes del señor; David podía vengarse y tuvo en la

---

<sup>1</sup> I. Reg. 10. 25.

<sup>2</sup> Ib. 13. 14.

mano dos ocasiones de matarlo; le incitaban a ello; más Dios me libre, dijo en la primera ocasión, de poner mis manos sobre el ungido del Señor,<sup>3</sup> y en la segunda, queriendo Abisaí vengar a David, éste se lo impidió diciéndole: “No le mates, ¿porque quién es el que puede poner sus manos en el ungido del señor y conservar su inocencia?”<sup>4</sup> ¿Veis la obligación de respetar y obedecer aún a los reyes malos? ¿veis que ni a otro rey establecido por Dios es lícito, no ya quitarle la vida o la corona, pero aún tocarle? ¿Cómo, pues, creéis que no peca quien al justo FERNANDO VII, que a nadie hizo mal, quiere quitarle la corona de estos dominios, por más que no imagine otra cosa que conservársela?

Mató a Saúl el Amalecita, y David le condenó a muerte, y lo mismo al que hizo matar a Isboset<sup>5</sup> ¿porque cómo había de aprobar el regicidio el santo David?

Dios no aprueba la tiranía ni justifica la usurpación, pero quiere que se respete la autoridad real aún en los tiranos y usurpadores que sólo pueden tener su sombra, como se ve respecto de Nabucodonosor, de Darío y de Ciro, a quienes llamó pastores, ejecutores de su voluntad, sus ungidos, sus siervos.<sup>6</sup>

Daniel fue por Darío expuesto a los leones, y habiéndole Dios preservado, “vivo eternamente ¡oh gran rey!” Le dijo,<sup>7</sup> sin pensar jamás en vengarse.

No acabaría si hubiese de indicar los muchos textos del testamento viejo que prueban incontestablemente estas verdades. Ninguno que lo ha leído puede dudar que el pueblo de Dios rindió un respeto inviolable a los reyes judíos, aún a los que le mandaban adorar los ídolos; que honró igualmente a los asirios, medos y persas, a los gentiles del tiempo de Alejandro, a éste y a los reyes griegos de Siria sus sucesores; y por esto

---

<sup>3</sup> I. Reg. 13.

<sup>4</sup> Ib. 26.9.

<sup>5</sup> II. Reg. 1. ib. 4.

<sup>6</sup> Iso. 14. 45. Jerem. 25.

obedecían sumisos a los subalternos que ejercían la potestad que les delegaban aquéllos, sin osar jamás apropiársela.

Nuestro señor Jesucristo aún antes de nacer obedeció al César, siendo el rey supremo de todo, aunque su reino no era este mundo, pues por un edicto de aquél, fueron sus gloriosos padres a Belén; pagó después el tributo al César, haciendo para ello un milagro, en ocasión que no tenía la moneda. ¿Quién me ha puesto por vuestro juez? Preguntó en ocasión que se trataba de un punto que era de conocimiento de la soberanía.<sup>8</sup> He apuntado ya el ejemplo con que este divino salvador reconoció que Pilatos procedía, aunque abusando y con la más grande iniquidad, con la autoridad emanada de Dios y conferida a él por el emperador que le constituyó juez; el mismo Jesús clavado en el patíbulo por la sentencia de aquél juez, y pidiendo a su padre perdonase a los que acaban de crucificarle ¿no nos manifestó cuánto hemos de respetar las potestades que gobiernan por la autoridad de los soberanos, amar a nuestros hermanos y aún a nuestros enemigos, y cuánto valen la unión fraternal, la concordia y la paz?

Los concilios, los padres de la Iglesia y las historias de todos los siglos del cristianismo, abundan de pruebas de que jamás fue permitido por la religión substraerse de la obediencia de los soberanos, separar la unión de los vasallos, ni menos revelarse contra los reyes, usurpar su potestad ni aún a título de defendérsela y conservársela, deponer a los jueces puestos por ellos, ni poner otros en su lugar. De aquí es que no hay potestad alguna sobre la tierra que pueda desatarnos la obligación sagrada del juramento de fidelidad que tan de grado hicimos a FERNANDO VII, y de aquí que sin ser perjurados no podemos dejar de obedecer a los que gobiernan en su nombre, y por consiguiente no debemos

---

<sup>7</sup> Dan. 6. 22.

<sup>8</sup> Luc. 12. 14.

dividirnos en partidos, porque esta división sería lo mismo que poner los medios para el fin de quitar a FERNANDO VII estos dominios y esclavizarnos.

Son axiomas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, “que todos los hombres deben estar sujetos a las potestades; que quien resiste a la autoridad resiste al orden de Dios; que se deben pagar los impuestos a quiénes pertenecen; que es preciso estar sujeto al rey a causa de su elevación, porque esta es la voluntad del Señor.”<sup>9</sup>

Y ya que la urgencia no permite más, oíd como dijeron los santos obispos en el Concilio IV de Toledo: “declaramos por la tercera vez, que cualquiera de nosotros y de todos los pueblos de España, que por cualquier intento o inclinación que sea, violase el juramento de fidelidad que hemos hecho para la conservación de la patria y el estado de la nación gótica, y para sostener la potestad real, o que intentase matar al rey, privarle de su reino, o por un orgullo tiránico usurparle la corona, sea descomulgado delante del espíritu Santo.”<sup>10</sup>

Conoced, pues católicos habitantes de la España nueva, españoles europeos y criollos, indios y castas, conoced que, o es necesario blasfemar, creyendo que el Espíritu Santo, nuestro señor Jesucristo y su Iglesia nos engañan, (creer lo cual sería no sólo blasfemia sino herejía) o debemos creer que los que tratan de dividirnos en partidos haciendo odiosos los nombres de gachupín y criollo, proceden contra la religión sacrosanta que tanto nos intima la unión, la concordia fraternal y la paz; que nos manda amar aún a los enemigos y poner la otra mejilla a quien nos da una bofetada; que se han engañado y quieren engañarnos adulando nuestras pasiones ahora, para sacrificarnos o que nos sacrifiquen otros luego a placer de las suyas; que nos han hecho ya muchos males e

---

<sup>9</sup>I. Pet. 2. 13. 15. Rom. 13. 1. 27.

<sup>10</sup>C. 75. tom. conc. Lab. Pag. 1723.

injurias, y nos harían muchos más si nos dejáramos seducir; que se fatigan inútilmente, porque se oponen a su proyecto y lo imposibilitan los vínculos de la sangre, del interés, del beneficio y de la religión; que no tiene alguno de ellos misión o facultad de nuestro suspirado y legítimo rey, y so color de conservarles estos dominios aspirarían después a privarle de ellos, aunque ahora no hayan pensado tal, o sin poderlo evitar causarían que otro se los tomase; que con el nombre de celo por la religión cometen y cometerían los crímenes más horrendos y más expresamente condenados por ella; que justísimamente gravitan sobre ellos las excomuniones que los concilios, los papas y el sabio ilustrísimo señor obispo gobernador de Michoacán han fulminado; que contribuyen a sus intentos los que fomentan la discordia de los habitantes en cualquiera parte o lugar del reino; que la desunión sólo puede agobiarnos con males imponderables hasta entregar a los que deje vivos, en las garras sangrientas de Napoleón, o del primero que sabiéndola se apresure a ocupar este suelo; pero la unión debe hacer impenetrable nuestra fidelidad a todos los ardides y fuerzas de Napoleón y de cualquiera otra potencia; la sangre, la necesidad del comercio, el beneficio y la religión conspiran a esta unión, y nos dicen que debemos auxiliar con todo nuestro poder a la madre patria hasta salvarla de la terrible guerra que la cerca, en pago de casi tres siglos que ella nos ha defendido de la guerra; o que debemos constituir en medio de nosotros un asilo a la misma, si el cielo decretare que vuele del antiguo mundo a otra región como el águila de San Juan describió en el Apocalipsis.

Y ¡vos, Excelentísimo y dignísimo lugarteniente de nuestro muy amado y alevosamente cautivo rey don FERNANDO VII! ¡vos enviado a establecer la felicidad de estos dominios y a exterminar los males que la impidieran! ¡vos que con la legítima potestad del soberano acabáis de librar a todos los indios y castas leales y fidelísimos del

---

peso del tributo que tantos años habían soportado, y que de cien maneras nos habéis anunciado que venís a hacernos felices! Perdonad que se conduela de que no hayáis tenido un momento de sosiego desde que recibisteis el mando, un hombre que no pretende otro premio que la satisfacción de servir a sus semejantes, siquiera con su pluma ya que de otro modo no puede; que ignora el frasismo de la adulación, y tanto por las prudentes y benéficas providencia, como por lo que oye de la cristiana conducta privada de vuestra excelencia, está convencido de la rectitud de sus intenciones, no menos que de la importancia de la unión fraternal, de la grandeza de los bienes que deben producirnos, y de la inmensidad del cúmulo de males que infaliblemente descargaría la desunión sobre nosotros.

Seguid, seguid, genio de bondad y dulzura, de justicia y de paz, con vuestras benéficas providencia y con vuestro dulce trato, ganando los corazones de los habitantes de América, que no saben pagarse sino de amabilidad y el cariño; continuad amándoles como hasta aquí, y viviréis sin duda seguro entre nosotros como lo está un buen padre en el seno de su familia. Y tened entendido, señor excelentísimo, que todos sin excepción os amamos, así como creemos que V. E. nos ama a todos.

NOTA.— Cuando el autor escribió esta memoria presumió que el cura de Dolores era hereje o se hallaba muy próximo a serlo; el plan de su conducta revolucionaria parece reglado por la norma de los impíos del siglo pasado, enemigos de toda potestad y orden; y parece también sostenido por la hipocresía; esto hizo decir al autor en la reflexión IV, que es imposible que dejemos de creer que los seductores siguen la cartilla infernal de Napoleón; pero pensó piadosamente que pudiera ser sin que lo conocieran; el ejemplo de la Proclama de Napoleón a los párrocos de Milán y otros pasajes de la memoria, dan a entender que se procedió con aquella sospecha, pero se trataba de un sacerdote, de un cura

nacido y educado en el seno de la religión, era justo respetarle o exponerse a la nota de temerario. Más ahora que el Santo Oficio de la Inquisición, juez competente, con el celo que le distingue y honra, ha declarado por edicto de 13 del corriente que del proceso seguido resulta probado que el cura es hereje y apóstata, quisiéramos, como quiere también el celo de la caridad del santo oficio, que se presentara, como se le franquea, para que se le oiga y haga justicia.

Pero ¡cuánto más vigor toman ahora las reflexiones expendidas en la memoria procedente si el cura no desarma aquéllas pruebas! ¡cuánto más deben influir, para separar del hereje denunciado a los engañados para la sedición y evitar que otros se dejen engañar! ¡cuántos mayores estragos deben esperarse de la desunión, si no la falta de reflexión, no el engaño de haber creído servir a la religión, al rey y a la patria, sino la perversidad del corazón envejecido en la iniquidad, la hipocresía más abominable, y la más monstruosa contradicción hubieran sido los resortes que mueven el proyecto inicuo!

Huid, huid, católicos, huid del que actualmente aparece como un hereje que no respeta ni la eucaristía sacrosanta, ni al imán de los corazones, la siempre purísima y siempre virgen María nuestra señora; ¡qué sería de nosotros si no tuviéramos un redentor tan amoroso como Jesucristo, y una coredentora tan limpia y tan clemente como su madre Virgen! todos iríamos al infierno, todos, todos.

¿Y puede esperarse que si el cura es hereje, declarado enemigo de Jesús y María respete sus imágenes? ¿puede esperarse que no las arroje al fuego, y que no robe todos los templos? ¿se puede aguardar que nos conserve la religión si es un apóstata de ella? huid, huid, abandonadle y no queráis creerle, pues incurriríais en la excomunión y el crimen de ser sus fautores.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602